

Cuando ETA atentaba contra las casas del pueblo

SARA HIDALGO GARCÍA DE ORELLÁN
Historiadora

Al atacar los lugares donde se vivía el socialismo, la banda no solo atentaba contra un espacio físico. También enviaba un mensaje muy efectivo al resto de la sociedad que la desalentaba de acercarse

En las navidades de 2007, hace ahora doce años, ETA puso una bomba en la casa del pueblo de la localidad vizcaína de Balmaseda. La militancia del PSE se había reunido en la Nochebuena, antes de la cena, para compartir un rato de ocio, y fue entonces cuando llegó un aviso de bomba. Fue la primera acción que cometía este grupo terrorista desde la tregua, y se venía a sumar a la larga trayectoria de ataques que la banda y su entorno venían perpetrando contra sedes socialistas. La reciente efeméride de Balmaseda es un buen momento para recordar algunos de los momentos más áridos de esta trayectoria.

Las casas del pueblo fueron, desde su fundación allá a principios del siglo XX, la sede de la sociabilidad socialista, el lugar donde se compartían experiencias, se reforzaba el hermanamiento, se generaba la solidaridad, se instruía a aquellos que no tenían instrucción, se debatía. En definitiva, eran el lugar donde se vivía y se sentía el socialismo.

La Segunda República supuso una auténtica edad dorada para estos lugares, que vinieron a representar, tanto física como simbólicamente, el cambio de signo político y la toma de poder del pueblo. La Guerra Civil y la brutal dictadura franquista acabó con todo aquello, y lo hizo durante los casi cuarenta años que duró el régimen. Fueron décadas de silencio, de militar en la intimidad de las casas, con prevenciones y muchas precauciones, de reuniones clandestinas, de estar en las catacumbas. La muerte de Franco y la llegada de la democracia inauguró un nuevo tiempo político y las casas del pueblo volvieron a abrirse en toda España. Y volvieron a ser lo mismo que antaño: el corazón de la sociabilidad socialista. Claro que esta nueva situación no pudo darse en Euskadi, ya que a la dictadura franquista le siguió otra dictadura, la de ETA, que todavía iba a durar otros treinta años –hasta 2011– y que, al igual que la anterior, tuvo a los socialistas en su punto de mira.

Desde la Transición, los ataques a este partido fueron constantes, así como a las casas del pueblo. Valga como ejemplo el caso de Rentería, que tiene el dudoso honor de haber sido la más afectada, con cerca de treinta acciones, que no solamente se dirigieron contra las instalaciones, sino también contra las

personas que las ocupaban. Así, por ejemplo, en una ocasión el entonces alcalde socialista de esta localidad, José María Gurrutxaga, logró escapar del local en medio de un ataque y del linchamiento de los que fuera le esperaban. Tuvo que ser auxiliado por un compañero de UGT. Gurrutxaga recordó amargamente estos sucesos y resaltó la escasa ayuda que le brindaron aquellas personas que estaban viendo lo que ocurría.

Suceso trágico también, y este con víctimas mortales, fue el ocurrido en Portugaleta en abril de 1987. Entonces, unos militantes del grupo órbita de ETA, Mendeku, lanzaron unos cócteles molotov contra esta sede, matando a dos militantes que se encontraban dentro –Maite Torrano y Félix Peña– y causando diversos heridos. Diez años después, en junio de 1997, este espacio volvió a ser objetivo de los cócteles molotov de un comando afín a ETA. Esta vez una treintena de personas se encontraban en el interior, aunque no hubo que lamentar ninguna muerte.

Durante los años que duró el terrorismo de ETA, las casas del pueblo fueron locales con fuertes medidas de seguridad, más parecidos a un búnker que a un espacio abierto, y frecuentadas sólo por militantes y, por tanto, cerrados a la sociedad. La violencia de persecución

que se desató tras 1995, con la llamada 'socialización del sufrimiento', vino a agravar esta situación. Poco a poco las casas del pueblo se convirtieron en un refugio, donde esa militancia que se encontraba casi en las catacumbas, amenazada y agredida, encontraba un lugar donde compartir su experiencia y estrechar lazos de solidaridad. Fue entonces cuando otro de los fenómenos –la escolta a los cargos públicos– vino a escenificar la situación que vivían una parte de los vascos y vascas. La resistencia, aquella que tanto habían tenido que practicar durante los duros años del franquismo, volvió a hacerse presente para esta cultura política.

El significado político de estas acciones violentas no es baladí. Al atacar el lugar donde se vivía el socialismo, ETA no solamente atentaba contra un espacio físico y simbólico, sino que también enviaba un mensaje muy efectivo al resto de la sociedad, desalentándola de acercarse a estos lugares y, por tanto, perdiendo la oportunidad de poder compartir o contrastar ideas. Y ese ha sido uno de los ámbitos donde ha residido la falta de libertad en Euskadi mientras duró el terrorismo de ETA; ese terrorismo que, en la Nochebuena de 2007, hace doce años y unos pocos días, atacó una vez más una sede socialista.

ANTÓN

